

Revista  
Paraguay desde  
las Ciencias Sociales



Grupo de Estudios Sociales sobre Paraguay

www.grupoparaguay.org  
ISSN 2314-1638

Hetherington, Gregg

LA SOJA ANTE LA LEY: PRÁCTICAS DE CONOCIMIENTO, RESPONSABILIDAD Y EL BOOM DE  
LA SOJA EN PARAGUAY

Revista Paraguay desde las Ciencias Sociales, revista del Grupo de Estudios Sociales sobre  
Paraguay, nº 7, 2016, pp. 177-203.

*Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Universidad de Buenos Aires*

Argentina

Disponible en: <http://publicaciones.sociales.uba.ar/revistaparaguay>

RECIBIDO: JULIO 2016

ACEPTADO: NOVIEMBRE 2016

## La Soja ante la Ley: Prácticas de conocimiento, responsabilidad y el boom de la soja en Paraguay<sup>1</sup>

Kregg Hetherington

Universidad Concordia, Montreal, Canadá

[kregg.hetherington@concordia.ca](mailto:kregg.hetherington@concordia.ca)

*Traducción de Alejandra Estigarribia<sup>2</sup>*

**Palabras clave:** Activismo legal, responsabilidad, prácticas de conocimiento, modernidad, relación humana-no humana, fronteras, transiciones agrarias, políticas rurales.

### Resumen

Este artículo provee una respuesta etnográfica a la afirmación de que la soja mata, una frase comúnmente usada por militantes campesinos que viven en la frontera de la soja en Paraguay, la cual está en rápida expansión. En el contexto de los proyectos de modernización de Paraguay, desde los años sesenta en adelante, argumentos como éste fueron fácilmente descalificados como irracionales o no modernos. En este proceso, la importancia política y el potencial analítico de los granos fueron desechados, al igual que la vida y los análisis de los militantes rurales. A pesar de esto, los militantes con quienes trabajé lograron librar batallas judiciales para poner a la soja que mata ante los tribunales y lograr que esta fuese reconocida como una fuerza política en Paraguay. Al hacer esto, también abrieron una posición analítica para la etnografía –aliada a la cosmopolítica de Isabel Stengers– que emerge de una situación de respuestas mutuamente suscitadas, más que de relaciones entre seres incluidos o excluidos del territorio político a través del criterio de la modernidad.

### **Soybean before the Law: practices of knowledge, responsibility and the soybean boom in Paraguay**

---

<sup>1</sup> Este artículo es la traducción de un artículo publicado originalmente en inglés en el año 2013 en la revista *Cultural Anthropology*. Además de la traducción directa del texto, se introdujeron algunos cambios con el objetivo de adaptar el artículo a un público con mayor conocimiento de la historia y política de Paraguay.

<sup>2</sup> Socióloga, Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción. Asunción, Paraguay. Correo electrónico: [alejandra.esti@gmail.com](mailto:alejandra.esti@gmail.com)

**Keywords:** Legal activism, responsibility, knowledge practices, modernity, human/non-human relations, frontiers, agrarian transitions, rural politics.

### **Abstract**

This article provides an ethnographic response to the statement that soy kills (“la soja mata”), a refrain often repeated by campesino activists living on the edge of Paraguay’s rapidly expanding soybean frontier. In the context of Paraguay’s modernization projects since the 1960s, statements like these were easily disqualified as irrational or nonmodern.

In the process, the political importance and analytic potential of the beans were dismissed, and so, too, were the lives and analyses of rural activists. And yet the activists with whom I worked managed, over the course of five years of court battles, to bring killer beans before the courts and to have them recognized as a force in Paraguayan politics. In so doing, they also opened up an analytic position for ethnography, allied with Isabelle Stengers’s cosmopolitics, which emerges from a situation of mutually enacting responses, rather than as a mediator of relationships between beings included or excluded from the political territory by the criteria of modernity.

### **Introducción**

Poco después de mudarme a su casa en noviembre de 2004, comencé a considerar a Antonio como un buen amigo. Pero una noche de febrero, durante uno de sus largos monólogos sobre las injusticias sufridas por su gente, me hizo una pregunta que redefiniría nuestra relación. Me contó la historia de un amigo que contrajo una misteriosa enfermedad que hizo que se hinchara súbitamente y muriera mientras trabajaba para un sojero de la zona. Muy molesto por la historia, inicié una exaltada diatriba sobre la soja gritando casi más fuerte que los estruendos de la lluvia que golpeaban el tejado. “Podés volver en dos o tres años”, dijo Antonio, “vamos a estar todos muertos. Todos los niños van a morir. No hay futuro para nosotros. Es la soja la que nos está matando”. Siguió así por un momento y yo caí en la cuenta, con cierto desasosiego, de que lo que decía era en serio. Luego, después de un breve momento de duda, se volvió a mí y preguntó: “¿Qué opinas de lo que acabo de decir?”.

En ese tiempo yo estaba realizando una larga investigación de campo sobre la militancia campesina en medio de la zona de colonización campesina agraria de los años 1970 y 1980.<sup>3</sup> El distrito de Vaquería, Caaguazú, formaba parte de una trinchera viva entre las colonias campesinas establecidas y una nueva frontera de soja que estaba en rápida expansión desde la frontera brasileña, y que desplazaba a los campesinos. Antonio era el líder local de una organización campesina que se oponía a la soja, en parte porque se sentían totalmente excluidos de las oportunidades económicas ofrecidas por este nuevo rubro. La soja requería un importante capital y estaba asociada con los acaudalados migrantes brasileños que llegaron al área desde el este. Los granos estaban por todos lados, transformando el paisaje y la economía a su alrededor. Debido a que el diseño de mi proyecto de investigación estaba basado en conceptos de política y propiedad de la tierra, no había elaborado una respuesta sobre la abrumadora presencia de estos granos. La soja en sí misma no me había preocupado demasiado hasta esa noche de febrero, cuando mis dificultades en responder a Antonio me causaron tanta confusión.

No recuerdo cómo respondí a sus preguntas aquella noche. Pero la conversación con Antonio y otras personas se volvió a presentar en reiteradas ocasiones durante los siguientes meses, y yo finalmente empecé a responder de manera tibia y repetitiva: para mí, dije, el problema real era la nueva estructura agraria que se estaba desarrollando en el Paraguay rural, donde la soja era un cultivo fortuito, fácilmente reemplazable por cualquier otro, como la canola o el maíz. Esta respuesta no estaba basada en evidencias o en conocimientos, sino en una historia estandarizada en la literatura académica anglófona sobre la transición agraria. Sin embargo, admito que expresé mi opinión como si fuese un experto, porque la pregunta parecía interpelarme de esa forma. Fue más adelante que entendí la duda de Antonio como una invitación: él no estaba probando mi conocimiento ni mi experticia sobre el mundo dado, sino invitándome a participar en la construcción de un hecho que terminaría siendo poderoso. Lo que estaba en juego se me aclaró cuando nuevamente fui interpelado y me fue difícil responder. Esta vez fue Andrés, un consultor de negocios que conocí a través de amigos adinerados de Asunción. Andrés siempre tuvo sospechas sobre mis tendencias políticas y mis motivaciones para investigar en su país. Una noche, antes de la cena en la casa de un amigo

---

<sup>3</sup> La investigación, enmarcada en un doctorado en antropología, duró 18 meses, entre 2004 y 2006; una gran parte fue realizada en el norte del departamento de Caaguazú, y otra en los archivos en Asunción. El estudio incluyó la investigación a fondo de 6 conflictos de tierra que involucraban al Movimiento Agrario y Popular (MAP) y al Instituto Nacional de Desarrollo Rural y de la Tierra (INDERT). Durante ese tiempo, viví en la casa de Antonio y de esa forma la investigación fue realizada (y posicionada) en diálogo constante con él y con varios otros líderes que él conocía. El análisis original fue publicado en el libro *Auditores Campesinos* de Servilibro.

en común, Andrés estaba leyendo un artículo periodístico sobre una reciente protesta campesina en contra de la soja. Dirigiéndose a mí, toscamente expresó: “¡Así que ahora tus campesinos tienen miedo de la soja!”. Yo había discutido con él sobre las causas estructurales de la pobreza rural previamente, pero en este claro desafío me quedé sin poder responder adecuadamente. Como era de esperarse, las calamitosas predicciones de Antonio me vinieron a la cabeza, pero no las quise compartir, temiendo que las mismas confirmaran el desprecio de Andrés.

En ambos encuentros la soja se presentó como algo curioso, que mediaba (y potencialmente reforzaba) una jerarquía entre las prácticas de conocimiento campesinas y las de gente de clase media urbana, como yo y Andrés. Como se puede observar, es difícil disputar la correlación entre la presencia de la soja en Paraguay y el ocaso de la vida campesina en la frontera. Incluso el mismo Andrés pudo haber estado de acuerdo conmigo en este punto. Pero Antonio y otros insistían no en una correlación, sino en una explicación sobre las causas y las responsabilidades que violaban las reglas ontológicas tácitas modernas de un mundo de agentes humanos y no-humanos. Los campesinos insistían en que los granos no eran meros instrumentos de la agencia humana o de fuerzas estructurales, sino que eran cosas dotadas con fuerza propia. Y lo argumentaban no sólo con palabras, sino atacando sojales con fuego y machetes, y plasmando la frase “la soja mata” en pancartas frente a los tribunales. Con esto cruzaban una línea y confirmaban su ignorancia a ojos de gente como Andrés. De esta manera también daban pie a Andrés no sólo a estar en desacuerdo con ellos, sino a descalificar completamente cualquier opinión política proveniente del campo.

En esta serie de propuestas y respuestas se observa, además de una jerarquía de conocimientos, la forma en la cual mi propia práctica etnográfica se vio envuelta en esa misma jerarquía. En los encuentros con Andrés y Antonio, ambos se mostraron interesados en mi análisis, demostrando que el mismo no sólo no estaba fuera de la situación, sino que era parte clave de ella. Dicho de otro modo, Andrés y Antonio insistieron en que yo tomara partido en la triangulación a través de la cual los paraguayos afirmaban su propia modernidad entre ellos, al adoptar una relación apropiada con la soja. Cualquier respuesta analítica a cualquiera de las preguntas sería una respuesta política en un paisaje fraguado de acusaciones que en ese momento yo apenas podía apreciar.

Hasta ese punto yo había abordado la etnografía como una discusión extendida con y sobre los humanos y estaba más interesado en lo que Antonio tenía para decir sobre los granos, de lo que estaba en los granos mismos. Lo cual tampoco era una verdadera

conversación con humanos. Para ser sincero, Antonio seguía apuntando a los granos y yo simplemente lo seguía mirando a él. Instintivamente yo traducía sus aseveraciones sobre la naturaleza de los granos en fenómenos sociales: yo me sentía cómodo diciendo que esto era una figura del discurso, una suerte de retórica política, o incluso aseverando que esto era lo que Antonio creía, todo encuadrado en “la soja mata” como un dato para el análisis social antes que un análisis digno de respuesta en sí mismo. Sutilmente y a pesar de mi sincera simpatía con Antonio, yo también lo estaba descalificando.

El hecho de que yo no creyera que la soja matara no me impidió en lo absoluto participar de las prácticas de conocimiento de Antonio. Por ejemplo, siempre me solicitaban fotografiar los efectos negativos atribuidos a la soja: pájaros muertos, pústulas en niños pequeños, escuelas abandonadas, cultivos muertos, casas quemadas. Yo lo hacía sin problema y proveía copias de las fotos, sin embargo no compartía las interpretaciones de las fotografías. ¿Estaban esos pájaros a la vera del río realmente envenenados con glifosato? ¿La fumigación del vecino realmente había sido la causa de que ese niño hubiese nacido sin masa cerebral? Y en ese caso, ¿eran los granos los responsables de estos daños? Ante la falta de pruebas de laboratorio (a las cuales era imposible acceder) u opiniones médicas confiables (que eran siempre realizadas de manera superficial y condescendiente), yo esquivaba todas estas preguntas. No fue sino hasta junio de 2005, cuando tomé fotos de dos hombres siendo disparados y matados por sojeros por protestar ante la cosecha de soja, que se movió la estantería de mi escepticismo. En ese momento, me involucré en la situación de forma mucho más profunda y a pesar de mi inhabilidad para encontrar un fundamento intelectual me sentí obligado a responder con más determinación.

Primero, di declaraciones a los diarios, a la radio y a una gran cantidad de blogs de activistas que proliferaron alrededor de la soja en el 2005<sup>4</sup>. Pero, ante todo, di declaraciones en los tribunales. De esta forma, me volví parte de la historia que voy a contar. A pesar de que lo que Antonio quería es que yo diera autoridad etnográfica a la premisa de que la soja mata, su mayor ambición era afirmarla como hecho legal, involucrar a la Corte Suprema de Justicia de Paraguay en un proceso de asignación de responsabilidad por los daños producidos por la soja y por ende, resarcirlos. Antonio tuvo un éxito parcial. En los meses y años que siguieron a estas conversaciones, la presencia de la soja que mata era sentida por una franja mucho más

---

<sup>4</sup> Ver, por ejemplo, Rulli y Bravo 2007. También el sitio web: <http://lasojamata.iskra.net/es>.

amplia de la sociedad paraguaya, mayormente a través del esfuerzo de Antonio y sus aliados, incluido yo.

Así, este artículo relata la historia de cómo la soja que mata se transformó. En las esferas de la opinión política oficial, “la soja mata” pasó de ser un concepto campesino erróneo a convertirse en un hecho de interés nacional. Si como Bruno Latour (1999) asevera, los hechos son producidos por “pruebas de fuerza” dentro y fuera del laboratorio, entonces este sería el relato de un tipo de juicio diferente pero análogo, producido dentro y fuera de los tribunales de justicia que redefinió el territorio político paraguayo y logró que la responsabilidad, o por lo menos la *posibilidad de la responsabilidad* de los granos, sea reconocida. También es un artículo sobre la manera en que la etnografía funciona como una forma de respuesta, la manera en que interviene en prácticas de conocimiento desiguales, no como una observadora externa, sino como una participante en la creación de entidades políticas.

### **Territorio moderno**

No es de extrañar que esta confrontación sobre el estatus de los granos haya ocurrido en un territorio que fue sometido a continuos intentos de modernización y colonización a lo largo del siglo anterior. Muchas de las comunidades donde la soja es actualmente una amenaza fueron constituidas durante finales de 1960 y 1970 como parte de una reforma agraria que prometía a los campesinos inclusión política integral y oportunidades económicas en compensación al trabajo terriblemente duro que desempeñaban en lo que en ese momento eran bosques densos, habitados por distintos enclaves indígenas y colonos extranjeros (ver Kleinpenning, 1987; Pastore, 1972). El proyecto proponía explícitamente convertir en sujetos modernos a los campesinos al involucrarlos en la producción de algodón orientada a la exportación y hacerlos cosificar la tierra como propiedad (ver, v.g., Frutos, 1982). Durante este periodo, el este de Paraguay fue transformado en un paisaje moderno de rutas, animales domésticos y colonos motivados por intereses individuales (Domínguez, 1975). Pero también se modernizó en el sentido de que se volvió un territorio donde las prácticas de conocimiento fueron capturadas por categorías de diferenciación (Stengers, 2008) organizadas en un orden jerárquico y temporal: los indígenas representando al pasado, los extranjeros y las élites el futuro y, los campesinos luchando por ser incluidos en el presente (Hetherington, 2011).

Quizás el síntoma más llamativo de esta transición epistemológica es lo que sucedió con unos seres que pasaron de ser presencias en el bosque a “creencias tradicionales campesinas”

o mitos. La vida campesina alguna vez incluyó un contacto frecuente con una serie de sujetos, incluyendo el astuto y pequeño *pombero* y el *luisõ*, un hombre lobo que se alimenta de cadáveres. Estas criaturas estaban desapareciendo gradualmente de la vida de los campesinos. Durante mis largas conversaciones con campesinos de varias edades, por ejemplo, se podía notar que los antiguos colonos campesinos generalmente relacionaban a estas criaturas con, por ejemplo, los Guayakí cazadores recolectores y con los grandes mamíferos del bosque y decían que estos desaparecieron lentamente en lo profundo de los bosques, que retrocedían cuando la frontera maduraba. Las personas más jóvenes, sin embargo, discutían sobre la existencia misma de estas criaturas o si eran “sólo mitos”. La mitologización fue formalizada en los años noventa cuando el sistema nacional de educación fue objeto de una revisión general en el contexto de un gran proyecto del Banco Mundial. El nuevo currículum incluyó la enseñanza del idioma guaraní así como del patrimonio cultural y dio un lugar destacado a estas criaturas como símbolo del pasado cultural del Paraguay. Para el 2005 el argumento de que eran sólo mitos estaba ganando y ciertamente Antonio no tenía más que un amable rechazo hacia aquellos que continuaban creyendo en esas cosas, replanteando su proyecto político y su autorrepresentación con base en una firme ontología modernista.

Así, el movimiento campesino que ahora “teme a la soja” fue forjado por hombres jóvenes que derribaban árboles con sus hachas, que perseguían indígenas y dejaban atrás supersticiones en espera del reconocimiento de un gobierno modernizante. Hombres como Antonio se ven como sujetos modernos, profundamente suspicaces de cualquier cosa que suene a animismo. Antonio siempre trató de disputar a la élite paraguaya bajo premisas modernas. Él claramente no quería que la soja que mata sea relegada a la misma categoría que el *pombero*, que vive cómodamente en el territorio moderno como una tradición pintoresca y no como una fuerza política. Por ende, el trato de Antonio a la soja que mata es un trato cuidadoso, lo cual genera mucha más presión frente a las siguientes preguntas: ¿Por qué es necesario para él explicar las cosas de este modo? ¿Por qué es necesario invocar la responsabilidad de los granos, cuando sabe que esto causará rechazo en la contienda política establecida?

Para encontrar una respuesta, tuve que dejar de preguntar qué tipo de cosa era la soja que mata y comenzar a preguntar bajo qué situaciones y con qué tipo de prácticas de conocimientos se constituía. Me resultó útil comparar la soja a una entidad menos polémica, pero similar: el algodón. La frontera campesina fue construida mayormente por la producción de algodón en manos de los pequeños productores, pero el cultivo tuvo un descenso desde los

años ochenta (Baer y Birch, 1984; Nikiphoroff, 1993). En 2005, los cultivos de algodón en los alrededores de Vaquería, donde Antonio vive, fracasaron estrepitosamente debido a la sequía así como a los bajos precios y la mayoría de los campesinos que conocí se dispusieron a dejar de plantarlo de allí en adelante. No obstante, algunos se las arreglaron para obtener una ganancia razonable de sus parcelas. Pregunté a uno de estos productores, llamado Juanjo, cómo había hecho para salvar su cultivo del ataque de plagas que acompañaba a la sequía. Él me respondió que su éxito tenía que ver con su conocimiento de las necesidades de su cultivo todo el tiempo. Más tarde, a la noche, Juanjo me confesó que él podía oír el llanto (*hasê*) de su algodón y que le era imposible dormir. El llanto demandaba una respuesta, pero Juanjo estaba allí sin poder hacer nada, esperando a que amaneciera para ponerse la mochila de pesticidas al hombro e ir a ocuparse del problema. Aquí el algodón llora por un tipo específico de ayuda, del cual ambos, Juanjo y el algodón, han dependido por años pero que nunca es totalmente predecible. Porque cuando Juanjo vuelva a su cama la siguiente noche seguirá atento esperando que su algodón se comunique de nuevo. La habilidad de Juanjo y su algodón de responderse mutuamente (su “respons-abilidad”) será la que decida si ambos estarán allí el año siguiente (cf. Haraway, 2008).

De esta historia cabe señalar dos cosas importantes. La primera es que el llanto del algodón está construido a través de prácticas de intervención pragmática en el mundo y no a través de reflexiones sobre las prácticas. Esta es la misma diferencia que Ian Hacking (1983) usa para describir la experimentación científica: la realidad es captada no a través de la representación, sino a través de intervenciones efectivas. Para Juanjo resulta fuera de lugar preguntar si el algodón está “realmente llorando.” El llanto del algodón no es una propuesta metafísica, ni una declaración sobre las capacidades inherentes de la planta. Lo único que Juanjo tiene que saber es que escucha un llanto, y que debe responder. La responsabilidad sobre la aflicción del algodón está distribuida en una cantidad de posibles condiciones: la sequía, las acciones de los vecinos, su propio uso anterior del suelo, si está usando el pesticida correcto, incluso si la etiqueta misma es la correcta, si las semillas que compró eran las adecuadas para comenzar. Despertado por el llanto, Juanjo intenta descifrar su lugar en este contexto con la esperanza de poder intervenir efectivamente. Esto podría incluir comprar más pesticidas, confrontar al vendedor de semillas o unirse a una marcha a favor de los subsidios. Cada una de estas acciones implica una cierta red de responsabilidad y suscita nuevos tipos de respuestas.

En segundo lugar, una diferencia central entre el llanto del algodón y la soja que mata es que la primera es una aseveración que circula en una red más pequeña que la segunda. Es decir, el llanto del algodón es un fenómeno claramente *local* y su solidez está relacionada con su escala (ver Law, 2011). Es el tipo de conocimiento que Juanjo necesita para ser un buen productor de algodón en la región oriental de Paraguay. Él puede llamar a los vecinos o familiares a que le ayuden en sus intervenciones y ellos no cuestionarían el llanto del algodón. A lo sumo, él podría marchar y pedir subsidios en forma de condonación de deudas, lo cual tampoco pone en juego la cuestión del llanto. Debido a que nadie externo a la situación se preocupa de cómo Juanjo se relaciona con el algodón, el llanto del algodón no necesita ajustarse a ninguna premisa ontológica que opere fuera de las intervenciones locales.

No es una exageración describir a toda la agricultura como este tipo de juego de espera comunicativa entre personas, animales, maquinarias, plantas y clima. Cultivar se trata de interacciones en las cuales cada acción puede estar ligeramente direccionada pero está siempre implicada en procesos complejos que no permiten tener efectos completamente predecibles. A su vez, se provocan respuestas que no pueden conocerse de antemano y estas respuestas mutuas (lo que Karen Barad (2007) llama “intra-acciones”) son las que constituyen en actores a personas, animales, maquinarias, plantas o cualquier otro conjunto de cosas. Esta es una mirada de la agricultura y del conocimiento que no está cargada de objetos ontológicos estables ni de propiedades<sup>5</sup>. A diferencia de conceptos como “agencia”, que connota una propiedad estable (Keane, 1997; Laidlaw, 2010)<sup>6</sup> y por ende abierta a acusaciones de atribución errónea, una respuesta no es algo que uno es o tiene, sino algo que uno hace en una situación dada. De esto se deriva que la responsabilidad es menos una característica de las personas que una forma de descripción emergida de la relación entre diferentes actores en un evento cuyas secuencias causales no son meramente mecánicas.

A partir de los años sesenta en adelante, campesinos y plantaciones de algodón existieron como lo hicieron en Paraguay debido a una cierta relación de respuesta mutua, con químicos e insectos, vecinos e intermediarios. Cuando esta relación comenzó a desintegrarse en los años noventa, cuando los precios del algodón ya no se recuperaron al final de la

---

<sup>5</sup> Vale decir que el concepto de respuesta fue históricamente usado para describir capacidades inherentes y para diferenciar humanos de no humanos, siendo estos últimos capaces de “reaccionar” solamente. Derrida (2002) y Haraway (2008), entre otros, han abierto el concepto de respuesta para no humanos.

<sup>6</sup> Varios de los autores aquí citados llegan a desconectar la palabra de sus fundamentos humanistas, haciéndola propiedad de un número de híbridos y cuasi objetos, incluyendo a los humanos. La noción de “corte agencial” de Barad (2007) es probablemente la versión más sofisticada. Personalmente, no estoy convencido de que haya algo que rescatar del concepto de agencia que no pueda realizarse usando otras y mejores palabras.

temporada, cuando una plaga (gorgojo algodonero) requirió la respuesta de un nuevo químico, cuando las lluvias disminuyeron en respuesta a la deforestación, cuando la soja disparó los precios de las tierras y el gobierno paraguayo dejó de responder a las manifestaciones campesinas, no sólo el algodón comenzó a bajar de calidad, desapareciendo finalmente del paisaje, sino también los campesinos sufrieron una crisis de confianza en sí mismos como campesinos. El particular conjunto de campesinos, algodón y prácticas de construcción del Estado se edificó con base en un diálogo de respuestas entre plantas, mercados, campesinos y élites nacionales. Del mismo modo, la frontera de la soja se articuló rápidamente a través de respuestas coordinadas que involucraban a un conjunto de fuerzas aún más amplio que incluyen el capital internacional, la biotecnología de punta y los flujos migratorios regionales. Desde este punto de vista, la pregunta que Antonio me hacía era en sí misma una respuesta al cambio de las condiciones agrícolas que se volvieron polémicas en la medida en que comenzaron a circular en una mayor escala y trataron de involucrar a profesionales más allá de los círculos de conocimiento local.

De lo anterior se desprende que cualquier etnografía sobre la situación está ligada de manera similar con las condiciones agrícolas y políticas a las cuales se refiere, particularmente con el proyecto de re-escalamiento, porque la etnografía suscita respuestas en un nuevo público y distribuye la responsabilidad de una nueva manera, ligeramente distinta que puede o no coordinarse fácilmente con lo que los campesinos dicen. Dicho de otra manera, nos invita a pensar no sólo en el análisis como respuesta (v.g., Riles, 2006), sino también en la responsabilidad que debemos asumir como etnógrafos por las circunstancias que describimos. Para Karen Barad (2007), esta es una ética de representación que comprende toda la creación de conocimiento como una forma de intra-acción con las cosas analizadas<sup>7</sup>, que comprende los postulados de cualquier trabajo analítico como respuesta a elementos del mundo con que nos encontramos en la investigación y al hacerlo provoca nuevas respuestas.

Aquí es donde me veo inspirado por el llamado a los académicos hecho por Isabelle Stengers (2008; 2010b) de evitar las prácticas de conocimiento que apunten a traducir conocimientos que no se ajustan a los requisitos modernos. Recurriendo a Giles Deleuze y Felix Guattari, Stengers ve a cosas como la soja que mata como potenciales “líneas de fuga” del territorio moderno (Deleuze y Guattari, 1988). Una etnografía como respuesta a Antonio puede estar formulada en una de las siguientes maneras. Por un lado, puede hacer lo que yo

---

<sup>7</sup> Barad usa el término intra-acción para describir relaciones que no son interacciones de entidades previamente existentes, sino entidades constituidas mutuamente en un proceso.

hice inicialmente: participar en el restablecimiento de la prioridad de marcos de referencia, descalificando a la soja que mata como, en el mejor de los casos, una figura metafórica, o en el peor de los casos, una lectura equivocada de la situación causada por lo que Andrés llamaría “ignorancia”. Por otro lado, puede ser formulada desde dentro de la situación como una respuesta dirigida a los campesinos:

Tal aseveración, a la vez que afirma la singularidad de sus prácticas creativas, sin obligación a recurrir a la narrativa que contrasta mito y razón, no se limita a ratificar lo que ellos insisten en ver reconocido. Es una aseveración activa, que puede involucrarlos en la clarificación de sus reclamos, y que considera a la descalificación como inadmisibile. (Stengers 2010a:23)

Por eso es correcto que la respuesta que aquí ofrezco, la aseveración que estoy formulando luego de mucha vacilación conmigo mismo, no se haya presentado en una forma representacional, sino más bien como intervenciones situadas que emergieron de las conversaciones con campesinos y la gran exposición a la soja.

### **Una etnografía de los granos**

Al principio, los granos no me asustaron. De hecho, como ajeno a la situación de la cual emergió la soja que mata (nada menos que siendo un canadiense), las grandes extensiones de soja me eran familiares e incluso representaban un paisaje aliviador. Sin embargo, tomó sólo un par de meses con Antonio para que yo pudiera comenzar a sentir a los campos de soja como una amenaza. Pronto, el olor dulzón del glifosato recién rociado y especialmente el olor nauseabundo del 2,4-D mezclado con Tordon, podían arruinarme el apetito y prepararme para recibir a gente que venía a mostrarme las pústulas en sus piernas y estómagos. Los viejos caminos que usábamos entre las comunidades se habían convertido en inmensas y desoladas plantaciones y tanto temor infundían que era preferible que nuestra moto se descompusiera en el medio del bosque antes que en medio de las plantaciones.

Finalmente terminé despreciando la mirada despectiva de los sojeros manejando sus tractores, permaneciendo adentro cuando me despertaban con las luces halógenas de sus cosechadoras que se filtraban a través de los tablones de las paredes de nuestra casa y manteniéndome al margen de los camiones que desparramaban granos de soja en la cuneta cuando se dirigían a la ruta. En una de las últimas entrevistas que realicé a un sojero de Vaquería, cuando pregunté qué pensaba la gente sobre Antonio, me dijo que ellos sólo estaban esperando que alguien pusiera los “dos mil quinientos” en alusión al precio de la bala. Y no fue sino hasta que vi que alguien intentó disparar a Antonio, fallando por muy poco pero

matando a dos compañeros, que comencé a sentir una amenaza directa cuando se trata de la soja en Paraguay.

La soja ha existido por milenios, pero lo que la convirtió en uno de los cultivos dominantes del siglo XX fue su utilidad simultánea como cultivo de rotación para el trigo y el maíz y su complejidad como materia prima industrial. La soja era la niña mimada de los proyectos de modernización de los Estados Unidos en los años veinte y décadas después llegó a Brasil y Argentina. En estos países, la soja fue siempre un cultivo comercial dependiente de insumos industriales y de la capacidad de procesamiento (de Sousa et al., 2008). Sin embargo Paraguay, mediterráneo y conflictivo, con muy poca industria hasta bien entrados los años setenta, puso el énfasis de su desarrollo en el algodón, un cultivo más apropiado para pequeños productores con escasas herramientas. Incluso hacia finales de la década del setenta, cuando los migrantes brasileños comenzaron a plantar soja en la frontera oriental de Paraguay, lo hicieron como parte de una economía nacional y un aparato regulatorio separado, usando variedades e insumos desarrollados en Brasil, pidiendo consejos a extensionistas brasileños y vendiendo sus productos en el mercado brasileño (ver Souchaud, 2002).

La entrada a Paraguay no se dio sino hasta la introducción de la soja Roundup Ready (RR), una variedad genéticamente modificada creada por Monsanto a mediados de los años noventa (Palau, 2004; Altieri y Pengue, 2006). En Paraguay la soja tenía muchas ventajas: en esa época todavía era ilegal plantar organismos genéticamente modificados en Brasil, por lo que la soja RR producida en Paraguay, debido a que era más barata, era altamente demandada en el enorme mercado regional en el que circulaba clandestinamente. En la práctica el sector no estaba regulado y no pagaba impuestos, lo cual significaba que su producto era también más barato que el de sus competidores argentinos y a diferencia de esos dos países, donde la soja RR tenía menos lugar para expandirse, en Paraguay la economía en recesión del algodón era un campo fértil para este nuevo cultivo. Cuando el algodón y sus mercados cayeron, la mayor parte del trabajo de extensión agraria del Estado fue reemplazado por proyectos de diversificación financiados por ONGs, desarticulando a muchas comunidades de las tradicionales redes de clientelismo y aislándolas del gobierno. Cuando la soja RR apareció, dando a los sojeros mayores ganancias y requiriendo mucho menor trabajo<sup>8</sup>, se produjo una explosión desde la frontera de la región Oriental hacia el menguante paisaje campesino y muy pronto lo dominó (Zibechi, 2005).

---

<sup>8</sup> La soja RR es mayormente rentable porque al resistir al herbicida glifosato (Roundup) permiten repetidas aplicaciones y eliminan virtualmente la necesidad de limpieza de malezas de forma manual.

Si bien los granos venían de Argentina, eran transportados a la frontera paraguaya por colonos brasileños, llamados *brasiguaios* que a su vez eran descendientes de inmigrantes alemanes, orgullosos de una tradición agrícola que abrazaban con aprecio, de su trabajo duro durante todo el día, de su dominio técnico, intensidad mecánica y una producción de alta calidad<sup>9</sup>. La soja domesticó a los *brasiguaios* de una forma en que probablemente no hubiera podido domesticar a los campesinos (cf. Tsing, 2012). Los campesinos veían las largas jornadas y la dependencia de los químicos de la agricultura sojera como una forma de esclavitud y evitaban verse involucrados, excepto cuando se trataba de changas (trabajos jornaleros). En esos primeros años, muchos campesinos operaban como si la frontera todavía se estuviera moviendo. Al ver su algodón desaparecer en simultáneo con una ola de extranjeros con equipamientos pesados mudándose, los campesinos vendieron sus tierras a especuladores brasileños y fueron en busca de nuevas tierras. Como resultado la soja avanzó extremadamente rápido consumiendo el espacio que quedaba en la frontera, concentrando las tierras de la frontera en propiedades cada vez más grandes y finalmente elevando los precios de las tierras fuera del alcance de cualquiera que no fuera del sector.

Para el 2004, este pequeño país mediterráneo no industrializado era el cuarto mayor productor mundial de soja. La soja cubría 200.000 nuevas hectáreas por año<sup>10</sup>. Para las principales ciudades del país la nueva crisis era el crecimiento de los barrios periféricos, para aquellos que se quedaron en el campo era la dramática y repentina desaparición de bosques, escuelas, peces y trabajo. El empleo rural se desplomó tan drásticamente que entre 2003 y 2005 los jornales por trabajo agrícola descendieron de 15.000 a 8.000 guaraníes<sup>11</sup>. En los alrededores de Vaquería pueblos enteros desaparecieron literalmente en cuestión de años (Fogel y Riquelme, 2005).

En el conjunto que confluye en torno a la soja en Paraguay hay claramente muchos actores que tienen cierta responsabilidad sobre el ataque coordinado a la vida y el sustento campesino que tuvieron lugar entre las décadas del noventa y el 2000. Pero ninguno de ellos dimensiona la magnitud de lo que los campesinos quieren decir cuando dicen que la soja mata. En medio de esta trama la soja es una cosa molesta, no un objeto ni un instrumento de alguna agencia malévola, sino una cosa que excede tales explicaciones (Bennett, 2010). Y es

<sup>9</sup> El proceso de colonización Brasileiro en Paraguay está muy bien explicado en Souchaud (2002), Wagner (1990), Júnior (2015) y Albuquerque (2015).

<sup>10</sup> Esta cifra es un promedio calculado en base a datos de CAPECO (<http://capeco.org.py/area-de-siembra-produccion-y-rendimiento/>). Un análisis más profundo del área colonizada por la soja y los actores que forman parte de su red, se puede encontrar en Glauser (2009), Rojas Villagra (2009), Fogel y Riquelme (2005).

<sup>11</sup> Estos números provienen de mi propia observación mientras vivía en la zona.

correcto formular respuestas a la crisis campesina que los dirija a esa cosa y a su responsabilidad. De hecho, aunque los campesinos eran los únicos que lo decían explícitamente al inicio, una vez que mi oído etnográfico estaba sintonizado con la cuestión de la responsabilidad fue fácil oír que también muchos otros atribuían implícitamente responsabilidad a la soja. Por ejemplo, la mayor parte de los *brasiguaios* con quienes hablé eran productores relativamente pequeños, dueños de 20 a 100 hectáreas, que incluso fueron desplazados por la concentración de tierras cercanas a la frontera brasileña. Ellos afirmaban que no tenían otra opción que plantar soja, que en el clima creado por la soja su única alternativa era el tipo de pobreza que veían en comunidades campesinas. Incluso esta elección fue hecha bajo coacción. La estructura de la deuda en las comunidades de *brasiguaios* – centrada en equipamiento pesado, agroquímicos y combustible– los hizo profundamente dependientes de los dueños de los silos que les proveían no sólo semillas y maquinarias, sino también dinero en efectivo para compra de tierras o adquisiciones varias. Los campesinos tenían empatía por esta visión de la realidad, me decían que la soja había esclavizado a los *brasiguaios*, volviéndolos violentos y finalmente matándolos a ellos también (“*la soja brasileiro jukaha*”). El antagonismo expresado hacia los *brasiguaios* (que no era menor y era generalmente expresado como xenofobia) era siempre en contra de un colectivo que involucraba a los granos; muchos incluso dirían que había pocos problemas entre ellos antes de la soja.

Los organismos reguladores del Estado, sin presupuesto ni conocimiento técnico para controlar la expansión de la soja, también esquivaron responsabilidades. Durante los primeros cinco años de la soja RR en Paraguay, la misma estaba vetada por un decreto del Poder Ejecutivo que contaba con un considerable apoyo interno del Ministerio de Agricultura y Ganadería (MAG). Sin embargo, los funcionarios estatales nunca consideraron la regulación de los granos que ya estaban distribuidos a lo largo de la región Oriental y que eran conocidos por haber sido importados en “bolsas blancas”<sup>12</sup> sin etiquetas. La cúpula del MAG llamó “soja Maradona” a la soja RR, refiriéndose al famoso jugador de fútbol argentino que podía hacerse camino a través de cualquier defensa e incluso llegó a ganar la Copa Mundial de Fútbol rompiendo las reglas (Robin, 2008: 276). Para el 2004, la soja representaba el 11% del PIB nacional y era difícil imaginar lo que pasaría con la economía si se tomaban acciones para limitar la producción, a pesar de que provocara la suba de la cotización de las monedas y de la

<sup>12</sup> Esta práctica era tan común que el nombre “bolsa blanca” fue usado dentro del ministerio para describir los cargamentos de semillas que llegaban sin información de su origen.

tasa de desempleo<sup>13</sup>. Al inicio hasta Monsanto logró argumentar con éxito ser víctima, dada la ausencia de protección de patentes o aprobación legal en Paraguay y el hecho de que los granos se movían a través del mercado negro que no generaba ganancias para el país.

Lo que hace diferente a estas atribuciones de responsabilidad de aquellas de los campesinos, es que provienen del tipo de voces (poderosas o científicas) cuya racionalidad raramente es cuestionada –que podría ser de hecho del tipo que Andrés valoraba– porque no violan explícitamente las reglas del discurso modernista. Los campesinos son los que tradujeron esta responsabilidad en una aseveración explícita, quienes en términos de Latour (2004) se volvieron “voceros” de la soja que mata, aun cuando hablar de esa manera pudiera significar su descalificación del discurso político nacional. Para el 2005, cuando el embate destructivo de la soja se agudizó, los campesinos se vieron forzados a redimensionar sus intervenciones. La soja que mata pasó de ser una respuesta descriptiva a problemas locales a ser una aseveración nacional que demandaba una respuesta nacional. La pregunta que Antonio me hizo, un intento de enlazarme como aliado, como una persona más que pudiera fortalecer su enunciación era sólo la precursora de una intervención mucho más drástica a través de la Corte Suprema que tenía la intención de involucrar al público paraguayo como un todo y a través de ello, potencialmente al Estado. Con esto, los campesinos estaban en un nuevo territorio y tenían que desarrollar nuevos tipos de prácticas de conocimiento adecuadas a una nueva escala de aseveración.

No había precedentes favorables para este tipo de apelaciones a la Corte, pero el lenguaje legalista que Antonio adoptó era parte de un formato más general para reivindicaciones sociales en el periodo de la posguerra fría. Desde finales de la década del cincuenta, cuando el general Alfredo Stroessner se había consolidado como dictador de Paraguay, el principal aparato para coordinar afirmaciones a gran escala era el Partido Colorado, una gran máquina de clientelismo que privatizó efectivamente el Estado y se metió en cada aspecto de la frontera campesina (ver Nickson y Lambert, 2002; Masi, 1989). La caída de Stroessner en 1989 dio lugar a la expresión enérgica de los medios de comunicación nacionales y una nueva cultura intelectual conducida por las ONGs en la capital del país. Pero el mayor cambio fue la emergencia de discursos relacionados con el dominio de la ley,

---

<sup>13</sup> De hecho, a pesar de que Paraguay no pudo alcanzar la mayor parte de las condiciones puestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) para recibir un crédito *stand by* en el 2004, el organismo otorgó de igual manera el dinero con base en el crecimiento positivo luego de un buen año de la soja. Los economistas llaman a este tipo de dependencia “la maldición de los recursos” (ver Berry 2010), claramente posicionando la responsabilidad en no-humanos.

centrados en una nueva Constitución Nacional y varios casos de derechos humanos muy publicitados (ver v.g., White, 2004). Luego de quince años en la transición, los campesinos sabían perfectamente que en cierto sentido el legalismo era una forma más exclusiva (y ciertamente más cara) de lograr justicia en comparación con el viejo sistema del clientelismo. Pero algunos grupos campesinos tuvieron suerte al llevar las disputas de tierras a los tribunales y Antonio sabía que la justicia a veces promulgaba sentencias sorprendidas. Como él decía, siempre amerita intentar obtener una “respuesta favorable”. Cuando sus reivindicaciones se centraron cada vez más en la soja parecía un paso obvio intentar llevarlas ante la ley para influir sobre ella también.

Entre el 2003 y el 2006, los campesinos pasaron una gran cantidad de tiempo y gastaron una cantidad de recursos en dos casos en particular, cuyo resultado estrictamente legal era determinar la culpabilidad por actividad criminal de dos personas dentro de toda la cadena de la soja. Debido a los procesos reductivos requeridos por los tribunales, la soja en sí misma no fue involucrada en estos crímenes. Sin embargo, yo sostengo que son estos casos más que cualquier otra cosa en la política paraguaya los que ayudaron a concretar y expandir la responsabilidad de la soja. Esto se debe a que la ley es restrictiva en el modo en que asigna responsabilidad, pero la decisión oficial no es exhaustiva en todos los efectos que un tribunal tiene redistribuyendo responsabilidad. Como cualquier hecho, la efectividad de los hechos legales no termina con su facticidad o la suerte de escasa redistribución que el tribunal es capaz de hacer. Los campesinos y sus aliados entendían bien lo expresado por John Law (2004): todos los hechos son en alguna medida alegóricos y están ensombrecidos por una complejidad que no pueden nombrar.

Los procesos criminales son, por encima de todo, un complejo sistema de interpretación y destilación que tiene la intención de producir cierto tipo de hechos: una versión de eventos históricos en la que la responsabilidad está claramente distribuida (Fuller, 1994) y que tiene una autoridad respaldada por el Estado dentro de un territorio específico. A pesar de que los hechos legales son producidos de un modo totalmente diferente a los hechos científicos, son similares en que ambos marcan el punto en que la teoría de un evento logra cierto grado de independencia de los procesos y de las personas que lo producen (Latour, 2010). Una afirmación sobre la responsabilidad legal logra autoridad en el mismo sentido en que todo el conocimiento científico lo hace, sobreviviendo a lo que Latour llama “pruebas de fuerza” en

donde compiten con otras teorías<sup>14</sup>. Estas pruebas claramente suceden en variadas y distintas formas, de la repetición experimental y la revisión de pares hasta la contienda política o audiencias judiciales.

Sin embargo, en la medida en que una aseveración acerca de la responsabilidad resulta en un fallo judicial favorable, ella, como un descubrimiento científico que todavía no fue refutado, adquiere una durabilidad que le permite viajar y entrar a nuevas situaciones como alegorías para realidades complejas que están rehechas y reinterpretadas fuera del sitio de su producción. “Esto es lo que la alegoría hace”, escribe Law, “Extiende los campos de visibilidad y crea nuevas realidades allí afuera” (2004: 90). Un fallo judicial que tan sólo sugiera una relación entre soja y muerte podría tener movilidad y durabilidad para engrosar la situación en la cual los argumentos sobre la soja que mata escapan a la descalificación. En el 2005, el primer caso era una respuesta al ataque al cual ya me he referido, cuando el desalojo de una colonia ilegal vecina a Vaquería, llamada Tekojoja, terminó con una docena de casas quemadas y dos campesinos asesinados por sojeros<sup>15</sup>. Unas horas luego del ataque, se dio una acalorada discusión sobre cómo responder al hecho. Un grupo, por ejemplo, estaba listo para quemar el silo que actuaba como eje central de la producción de soja en el área. Pero Antonio finalmente prevaleció, argumentando que el grupo debía actuar de forma legal y llevar sus argumentos ante la justicia.

Todos sabían que el proceso sería agotador, pero creo que nadie sabía cuánto tiempo y energía terminaría tomando. También estaban sorprendidos por la forma restrictiva en que debían enmarcar las cosas para apelar al tribunal. Al final, el interés del tribunal se centraba en una sola pregunta: ¿habían los campesinos disparado contra los sojeros primero? El caso se convirtió en dos principales conjuntos de evidencias: los hoyos de las balas a los lados de los tractores de los sojeros y mis fotos del evento mostrando que la única arma que los campesinos tenían era una simple hondita.

Durante dos meses, mientras grupos de campesinos llegaban de toda la región para establecer y administrar un campamento para aquellos desplazados por el desalojo, casi todo el esfuerzo político se concentró en convencer a un puñado de fiscales y jueces en ciudades remotas de distribuir la responsabilidad, entre aproximadamente 40 hombres, de un evento particular que había durado aproximadamente 20 segundos. Superficialmente esto parecía

---

<sup>14</sup> En la versión en inglés del artículo se utiliza “*trials of force*” para lo que aquí es “pruebas de fuerza”. *Trial* tiene un doble significado de prueba y también de juicio.

<sup>15</sup> Ver Hetherington 2015 para una discusión detallada de los conflictos de tierras vinculados a este caso.

cambiar radicalmente la textura de la política campesina, cuando los dirigentes luchaban por aplastar la expansiva complejidad de la política de la soja a través de un cuello de botella interpretativo del juzgado. Luego de varios años de haber acusado a la soja de ser un complejo y multifacético invasor del paisaje, se dedicaron a desmenuzar y simplificar las historias relacionadas a los asesinatos. Mientras anteriormente los campesinos representaban a los sojeros como herramientas de la soja, ahora los granos se volvieron irrelevantes para la historia, así como el desalojo, la policía, los dueños de los silos, Monsanto, los residuos químicos en los ríos, la historia de violencia y desigualdad rural y todas las otras formas en que los granos articularon estas fuerzas. Dicho de otro modo, para llevar ante la justicia el reclamo sobre la soja, los campesinos tenían que borrar a la soja de sus reclamos y hacer lo mismo con la mayoría de los aliados de la soja.

El caso se abandonó antes de ir a juicio. La labor de descifrar las redes de responsabilidad por la destrucción en Tekojoja y relacionarlas a algunos dedos en el gatillo no resultó en una condena. Pero el caso resultó en una enorme exposición mediática que sólo en algunas raras ocasiones puso en duda la responsabilidad de los que dispararon. Más importante aún, atrajo a un creciente número de aliados deseosos de ver el caso como una alegoría de “la soja mata”. La omisión voluntaria de actores de esta historia permitió que el caso se volviera más estable para trasladarse con autoridad a nuevas esferas. El juicio circuló más allá de los tribunales y las historias, publicadas primero en los periódicos locales y luego en la web, atrajeron el interés de activistas anti Organismos Genéticamente Modificados (OGM) de Argentina, España, Holanda y Canadá, quienes montaron campañas públicas contra la soja. Estos activistas, para nada temerosos de ser calificados como no-modernos por la élite paraguaya, desembarcaron en Paraguay con banners, libros y sitios web proclamando “La soja mata!”<sup>16</sup>. La justicia no había siquiera considerado la responsabilidad de la soja, pero cuanto más el caso permanecía en los medios, más la soja que mata se posicionaba en el foco del debate público.

Por casualidad, otro caso más complicado estaba abriéndose camino a través del sistema judicial cuando sucedieron los asesinatos en Tekojoja. En enero de 2003, Silvino Talavera, un niño de ocho años, murió luego de haber sido rociado dos veces con herbicidas de un avión fumigador y dos organizaciones decidieron llevar el caso a la justicia, entablando una demanda en contra de sus vecinos. El caso se prolongó por mucho tiempo por medio de

---

<sup>16</sup> Ver [www.lasojamata.net](http://www.lasojamata.net)

apelaciones, coimas, chantajes, inexplicables retrasos judiciales e incluso el asesinato de un tío de Silvino. Sin embargo, cuanto más el caso se extendía, más se fortalecía la red alrededor de la familia de Silvino. Y en lo que siguió al episodio de Tekojoja, la familia de Silvino consiguió aliados poderosos, incluyendo una fuerte organización de mujeres campesinas, cartas y blogueros internacionales, calificados abogados pro bono y lo más extraordinario: el primer resultado patológico de laboratorio que circuló en Paraguay, indicando que una causa probable de la muerte era la ingesta de agrotóxicos<sup>17</sup>. El hecho del asesinato de Silvino fue establecido a través de las voces campesinas, en coordinación con las de los periodistas, extranjeros, abogados, científicos y jueces.

Los jueces del caso respaldaron sólo a medias la versión campesina de los eventos. Luego de cuatro años de trabajo jurídico y una gran inversión de dinero de cientos de personas y varias organizaciones, el juzgado emitió una sentencia donde declaraba culpable de negligencia criminal a dos agricultores, otorgándoles dos años de pena suspendida. Pero mucho más importante que esto, fue la forma en que el caso articuló los intereses de otros actores políticos que estaban lejos de los grupos que lucharon por el caso. En el 2011 todavía se oía mucho sobre Silvino Talavera en Paraguay, por parte de personas de ambos lados de la cuestión de la soja y la historia no se refería a dos sojeros infames cuyos nombres nunca fueron recordados. La historia se trataba de si la soja, los pesticidas, los equipamientos, las prácticas agrícolas y los cambios demográficos que estos trajeron consigo podrían considerarse responsables de las cosas malas que le sucedieron a la población vulnerable. No todo el mundo estaba de acuerdo con que la soja mató a Silvino, pero incluso aquellos que no lo estaban traían a colación el caso y realizaban argumentos elaborados sobre por qué la soja no mata. El trabajo de asignar responsabilidad, que se realizó para el juicio produjo una aseveración mucho más válida y de alcance internacional sobre la responsabilidad de la soja, a la cual muchas personas se sentían obligadas a responder.

Uno de los efectos más reveladores del caso fue el grado en que algunos importantes voceros de los sojeros comenzaron a atacar públicamente la versión campesina de la historia. En particular, dos figuras ganaron reputación por atacar a los campesinos en los diarios nacionales. Héctor Cristaldo (representante de la Unión de Gremios de la Producción), que decía que los campesinos tenían un bloqueo mental en contra de la idea de que la soja

---

<sup>17</sup> Hasta el 2009, cuando el gobierno realizó una reforma del sistema de salud pública, casi no habían discusiones en torno a la intoxicación por plaguicidas fuera del relativamente frecuente uso de los mismos para suicidios. El caso Talavera sigue siendo el único caso en que se llevaron a cabo análisis de sangre para determinar la probabilidad de intoxicación.

representaba una gran oportunidad y Claudia Ruser (presidenta de la Asociación de Productores de Soja) que denunciaba que los dirigentes campesinos estaban tratando de iniciar una guerra civil y estaban usando la soja como pretexto (ver Torres, 2007). Ambos estaban tratando de descalificar los reclamos campesinos, pero también sonaban inseguros y defensivos. El hecho de que se hayan encontrado obligados a responder públicamente mostraba que las cosas estaban cambiando y que estaban tomando nuevos roles como voceros no sólo de los sojeros, sino de la soja misma.

Este es un cambio radical. Empezando por la situación en que los campesinos eran objeto de burla por sugerir que la soja era peligrosa, terminamos con un debate público sobre el futuro de Paraguay en el cual la soja era abiertamente atacada y defendida como responsable de distintos efectos: crecimiento económico, modernización nacional, destrucción medioambiental, empobrecimiento campesino y muerte. Estos granos no existían antes de haber actuado dentro y fuera de los tribunales, pero no cabía la menor duda sobre su importancia luego de esto. Una nueva política surgió. Al convertir a la soja que mata en una cuestión de interés nacional e internacional, los campesinos participaron en la reconstrucción del panorama político, haciendo palpable la presencia de los granos y forzando nuevos modos de pensar en un conjunto más amplio de actores (Stengers, 2010b). Esto no quiere decir que de repente todo el mundo estuvo de acuerdo con la definición de la soja como soja que mata. “La soja mata” no se convirtió en una realidad indiscutible, pero tampoco fue descalificada fácilmente. En su lugar, se convirtió en una enunciación seria, demandando respuestas serias de quienes anteriormente la habrían descalificado.

### **Conclusión: Soja Responsable**

El objetivo de este artículo ha sido demostrar la forma en que un argumento político inicialmente descalificado, se convirtió en una posición a la cual todos se referían en la esfera pública paraguaya. No afirmo que todo el mundo estaba de acuerdo con “la soja mata”, sino más bien que mucha gente terminó considerando esa aseveración como algo que valía la pena responder. El hecho de que esto haya sido logrado, en parte, mediante un uso táctico de la justicia, nos dice algo sobre la forma en que los subalternos logran un tipo de inclusión usando los mismos tipos de pruebas de fuerza, que están diseñados para excluirlos. Ninguno de los dos casos (el de Silvino Talavera y el de Tekojoja) ofrecía una plataforma en la que la clase media urbana pudiera reconocer a la soja como responsable de la muerte de campesinos. Pero al forzar a la justicia a reconocer que ciertas muertes sucedieron en las cercanías de

plantaciones de soja y, al asignar culpa a los aliados más cercanos de la soja (los sojeros), los militantes pudieron abrir una conversación en la cual no era tan fácil descalificar sus argumentos.

Mi motivación para reflexionar sobre este tema ha sido tratar de entender el rol que la etnografía tiene en una batalla sobre las prácticas de conocimiento. Mi objetivo no es celebrar las prácticas de conocimiento campesinas, sino señalar la forma en que la misma ontología tácita de las ciencias sociales puede verse envuelta en una lucha por lo moderno sin que siempre seamos conscientes de ello. Cuando esto sucede, como señala Chakrabarty (2002), se viola en última instancia nuestro compromiso de tomar en serio lo que nuestros interlocutores nos dicen. En el peor de los casos se anulan completamente, a través de la descalificación, las conversaciones críticas sobre el estado del mundo. Por último, quisiera remarcar que la idea que propongo aquí es la de abrir conversaciones, más que dar voz a, o solamente estar de acuerdo con los subalternos. Y de esta forma no llego a un punto en el que estoy de acuerdo con Antonio, sino a un punto en el que estoy en desacuerdo con él.

Es tentador celebrar al movimiento campesino por el cambio que aquí se describe y ver ese momento como un ejemplo de empoderamiento. La respuesta de Antonio a los granos era audaz, los usaba como línea de fuga del asfixiante territorio moderno de sujetos y objetos. A través de un esfuerzo coordinado, los campesinos superaron las descalificaciones y obligaron a sus aliados y adversarios a responder a la presencia que en un principio negaron que existiera<sup>18</sup>. Sin embargo, esto de ninguna manera sugiere una victoria completa de los campesinos. De hecho, haciendo referencia a Stengers (2010b: 21), podríamos decir que lo que adquirió poder aquí fue la situación, más que los actores. Y esta situación obliga a los campesinos y a los demás a pensar de forma diferente. A pesar de que las líneas de fuga valen la pena, por definición no garantizan que al final volverán más fácil la vida de personas como Antonio (Stengers, 2008). Esto no es más que un capítulo en una larga historia de respuestas que suscita nuevas respuestas. Hay muchas respuestas posibles a una recientemente reconocida soja que mata y a un movimiento campesino animado. Aquí es donde yo creo que la solidaridad con el movimiento campesino paraguayo demanda una respuesta que no sea simplemente una ratificación.

Me pregunto en realidad si el mayor peligro para los campesinos en esta nueva posición no era que ellos mismos sintieron la tentación de descalificar a otros. La primera vez que se

---

<sup>18</sup> Un fuerte argumento afirma que los campesinos, junto con la soja, contribuyeron significativamente a la elección en 2008 del primer gobierno –teóricamente– de izquierda en la historia del Paraguay.

me ocurrió esto fue luego de un incidente en 2009 en una comunidad cerca de la casa de Antonio. Un sojero había firmado un contrato con sus vecinos en donde constaba que no plantaría soja en los lotes disputados. El sojero incumplió el contrato y ante la protesta de los campesinos llamó a la policía, que echó un vistazo al contrato. “¿Por qué no sembrás otra cosa?”, preguntó el policía inocentemente. “¿Por qué no sembrás maíz?”. El sojero frustrado se puso furioso. Montado en cólera, gritó: “¡Yo sólo quiero sembrar soja! ¡Quiero sembrar soja!” para luego subir a su tractor y salir raudamente. La historia del ataque de nervios del hombre circuló por semanas entre mis amigos y fue adquiriendo un tono familiar. Se volvió una historia burlesca del sojero cegado por su amor a la soja. ¿Por qué no, decían los narradores razonables de la historia, sólo sembrar maíz? Había algo de poco sincero en esta descalificación, lo cual hizo preguntarme si esto paralizaba otros tipos de pensamientos que podrían fomentar, por ejemplo, alianzas más fuertes entre campesinos y sojeros vecinos empobrecidos.

Tuve una reacción similar a la aparición innegablemente ambivalente de algo llamado “Soja Responsable” en el cinturón de la soja en América del Sur. “Soja Responsable” se refiere a una declaración de principios no vinculante por parte de los productores de que los granos estarán acompañados de esfuerzos de reforestación, prácticas laborales justas, compromiso de no matar a los vecinos y la promesa de implementar las directrices de certificación específicas de los países en los años venideros<sup>19</sup>. Los activistas no tardaron en acusar a la Soja Responsable de *greenwashing*<sup>20</sup> afirmando que el discurso de la responsabilidad era en realidad un desafío directo al Estado, un intento de reposicionar a las corporaciones de la soja, posicionándolas como el sitio propicio de gobierno ante un aparato regulador ausente (Corporate Europe Observatory, 2009; Torres, 2007). De hecho, las directrices en la mayoría de los casos no son más que una declaración de que los productores respetarán las regulaciones y leyes nacionales, trasladando explícitamente el centro de la responsabilidad de la regulación del Estado a corporaciones y a su cumplimiento por el mercado. Ciertamente esto es parte de lo que está ocurriendo.

Sin embargo, no es la historia completa. Si posicionados del lado de los campesinos respondemos a la soja que mata –si enlazamos nuestra intervención analítica a la

---

<sup>19</sup> La iniciativa llamada Mesa Redonda de Soja Responsable (RTRS, por sus siglas en inglés) aglutina a corporaciones y ONG del Cono Sur. En Paraguay, las organizaciones involucradas son la World Wildlife Fund (WWF) y un consorcio de inversiones llamado Grupo DAP. Ver [www.responsiblesoy.org](http://www.responsiblesoy.org)

<sup>20</sup> Término compuesto del inglés *green* (verde) y *washing* (lavado), es un término usado para describir la práctica de presentar un producto como medioambientalmente responsable ante la imagen pública. Generalmente es meramente formal, por lo que se convierte en un uso engañoso de la comercialización verde.

promulgación de una cosa específica históricamente responsable— entonces esto tiene consecuencias sobre la manera en que vemos las otras sojas. La Soja Responsable, una premisa industrial que reconoce el daño y compromete una nueva forma de regulación, merece una respuesta más cuidadosa que la descalificación<sup>21</sup>. Cuando pregunté a Antonio qué pensaba de la Soja Responsable esperé una respuesta que indicara su oposición, pero no esperé una burla. “Siempre le digo a la gente lo ridículo que es. La soja no puede ser responsable”, dijo. “¡La soja no habla!”. La frase “la soja no habla” (“soja noñe’ẽ kuaái”) evoca una expresión campesina común sobre la falta de inteligencia. También hace referencia a un refrán moderno, un tipo de descalificación estándar para excluir ciertas cosas de consideración política y moral<sup>22</sup>. A Antonio y otros les daba placer acusar a los sojeros y sus aliados empresarios de estar ciegos o de querer evitar su propia culpabilidad con una absurda asignación de responsabilidad a los granos mismos.

Pero, ¿quién gana en realidad con esta nueva forma de descalificación? Cuando volví a visitar a Antonio en el 2009, no estaban todos muertos como habían presagiado. Algunos ciertamente lo estaban, incluyendo a la esposa de Antonio. Ella murió de una enfermedad que, de no ser por la pobreza de su familia, era totalmente tratable y que sin lugar a dudas estuvo agudizada por la soja. Otros abandonaron el campo para huir de la cada vez más profunda pobreza y estos dejaron de ser campesinos en todos los sentidos. Todo lo que él decía en ese entonces estaba teñido de melancolía y resignación. Lo mismo puede decirse de su insistencia en que los granos no hablan.

Una lectura menos feliz de esta historia comienza por señalar que la fuga campesina de lo moderno, como su fuga de la frontera, pudo haber sido una respuesta forzada por la soja. Los campesinos, ubicados en la primera línea de una drástica transformación material del paisaje, fueron los primeros en reconocer el cambio fundamental que estaba envolviendo su país desde el este. Su respuesta, como todas las respuestas, estaba moldeada por la proximidad. Para el 2009 mucha más gente había sido afectada por esta presencia y una nueva forma de pensar envolvió incluso a Asunción. Paraguay era para ese momento un lugar lleno de soja que mata y soja responsable, de nuevas y flexibles redes de capital, funcionarios del

---

<sup>21</sup> Lo mismo ocurre con los intentos de fortalecer las economías mixtas del sector campesino para generar redes locales de alimentos más viables y para mejorar el valor agregado de las capacidades de cultivos distintos a la soja, cuya producción puede ser rentable para los pequeños productores.

<sup>22</sup> Disch (2010: 271) insiste sobre este punto, mostrando que la “mitología de la voz” como una capacidad no medida de (ciertos) humanos opera de la misma manera en que yo describo la agencia

gobierno y ONGs, todos desvergonzadamente viendo el desarrollo rural como una forma de negociación técnica con estos milagrosos y destructivos granos.

Sin embargo, lejos de aparecer como los líderes de esta negociación, los campesinos retomaron su lugar de subalternos en un nuevo terreno. Mi duda ahora está puesta en el surgimiento de otro tipo de descalificación, que podríamos llamar la descalificación de la descalificación moderna. En el mundo de Andrés y de sus amigos los intentos de descalificación de Antonio suenan vacíos y confirman otra narrativa suya, que los campesinos son víctimas no sólo de la superstición, sino de una pintoresca forma de modernismo, la misma ideología que los mantiene demandando subsidios estatales para el algodón o los hace creer que el trabajo duro y la honestidad de un ciudadano lo autoriza a protección policial básica y oportunidades de mejorar. Ya no tengo contacto con Andrés, pero puedo imaginármelo riéndose y diciendo que solamente un campesino podría creer estas cosas, y siguiendo con la misma narrativa, solamente un campesino podría creer que es posible plantar sólo maíz.

### **Bibliografía**

Albuquerque, J. (2005). Campesinos Paraguayos y "Brasiguayos" en la frontera este del Paraguay. En Fogel, R. y Riquelme M. (Eds.), *Enclave Sojero: merma de soberanía y pobreza* (pp. 149-182). Asunción: CERI.

Altieri, M. y Pengue, W. (2006). "La soja transgénica en América Latina". *Biodiversidad*, N° 47, pp. 14-19.

Baer, W. y Birch, M. (1984). "Expansion of the Economic Frontier: Paraguayan Growth in the 1970s". *World Development*, N°12 (8), pp. 783-798.

Barad, K. (2007). *Meeting the Universe Halfway: Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning*. Durham, NC: Duke University Press.

Bennett, J. (2010). *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham, NC: Duke University Press.

Berry, A. (2010). Elements of an Employment Strategy for Paraguay. En Berry, A. (Ed.), *Losing Ground in the Employment Challenge* (pp. 11-30). New Brunswick, NJ: Transaction.

Chakrabarty, D. (2002). *Habitations of modernity: essays in the wake of subaltern studies*. Chicago: University of Chicago Press.

Corporate Europe Observatory (2009). “*Responsible Soy*” in Paraguay: Grupo DAP and the Advancement of Soy Monocultures in San Pedro. Recuperado de: [http://corporateeurope.org/sites/default/files/sites/default/files/files/resource/GrupoDAP\\_articulo\\_ES\\_0.pdf](http://corporateeurope.org/sites/default/files/sites/default/files/files/resource/GrupoDAP_articulo_ES_0.pdf)

De Sousa, I. y Teixeira, R. (2008). Soybeans and Soyfoods in Brazil: Sketch of an Expanding World Commodity. En Du Bois, C.; Tan C. & Mintz, S. (Eds.), *The World of Soy* (pp. 234–256). Urbana: University of Illinois Press.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1988). *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Londres: Athlone.

Derrida, J. (2002). “And If the Animal Answered”. *Aut Aut*, N° 310–311, pp. 4–26.

Disch, L. (2010). Faitiche-izing the People. En Whatmore, S. y Braun, B. (Eds.), *Political Matter* (pp. 267–295). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Domínguez, R. (1975 [1967]). *El Valle y la Loma; Comunicación en comunidades rurales*. Asunción: Editorial EMASA.

Fogel, R. y Riquelme, M. (2005). *Enclave Sojero: Merma de soberanía y pobreza*. Asunción: CERI.

Frutos, J. (1982). *Con el hombre y la tierra hacia el bienestar rural*. Asunción: Cuadernos Republicanos.

Fuller, S. (1994). “Making Agency Count: A Brief Foray into the Foundations of Social Theory”. *American Behavioral Scientist*, N° 37(6), pp. 741–753.

Glauser, M. (2009). *Extranjerización del territorio paraguayo*. Asunción: Base IS.

Hacking, I. (1983). *Representing and Intervening: Introductory Topics in the Philosophy of Natural Science*. Cambridge: Cambridge University Press.

Haraway, D. (2008). *When Species Meet*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Hetherington, K. (2015). *Audidores Campesinos: Transparencia, democracia y tierra en el Paraguay neoliberal*. Asunción: Servilibro.

Júnior, P. (2015). “Entre as fronteiras do Brasil e do Paraguai: a construção da identidade brasiguia”. *Paraguay desde las Ciencias Sociales*, N° 5, pp. 18-35.

Keane, W. (1997). “From Fetishism to Sincerity: On Agency, the Speaking Subject, and Their Historicity in the Context of Religious Conversion”. *Comparative Studies in Society and History*, N° 39(4), pp. 674–693.

Kleinpenning, J. (1987). *Man and Land in Paraguay*. Amsterdam: CEDLA.

Laidlaw, J. (2010). Agency and Responsibility: Perhaps You Can Have too Much of a Good Thing. En Lambek, M. (Ed.), *Ordinary Ethics: Anthropology, Language and Action* (pp. 143–164). Nueva York: Fordham University Press.

Latour, B. (1999). *Pandora's Hope: Essays on the Reality of Science Studies*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Latour, B. (2004). *Politics of Nature: How to Bring the Sciences into Democracy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Latour, B. (2010). *The Making of Law: An Ethnography of the Conseil d'Etat*. Cambridge: Polity.

Law, J. (2004). *After Method: Mess in Social Science Research*. Londres: Routledge.

Law, J. (2011). "Knowledge Places". *Heterogeneities*. Recuperado de: <http://www.heterogeneities.net/publications/Law2011KnowledgePlaces.pdf>

Masi, F. (1989). *Stroessner: la extinción de un modelo político en Paraguay*. Asunción: Nanduti Vive, Intercontinental Editora.

Nickson, A. y Lambert P. (2002). "State Reform and the "Privatized State" in Paraguay". *Public Administration and Development*, N° 22(2), pp. 163–174.

Nikiphoroff, B. (1994). *El subdesarrollo rural paraguayo: la problemática algodonera: estrategias para el desarrollo*. Asunción: Fundación Moisés Bertoni, Intercontinental Editora.

Palau, T. (2004). *Avance de la soja transgénica en Paraguay*. Asunción: CEIDRA.

Pastore, C. (1972). *La lucha por la tierra en el Paraguay*. Montevideo: Editorial Antequera.

Riles, A. (2006). Introduction: Anthropology in Response. En Riles, A. (Ed.), *Documents*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Robin, M. (2008). *The World According to Monsanto*. Halifax, NS: Fernwood.

Rojas Villagra, L. (2009). *Actores del agronegocio en Paraguay*. Asunción: Base Is.

Rulli, J. y Bravo, E. (2007). *Repúblicas Unidas de la soja: realidades sobre la producción de soja en América del Sur*. Buenos Aires: Grupo de Reflexión Rural (GRR).

Souchaud, S. (2002). *Pionniers brésiliens au Paraguay*. París: Karthala.

Stengers, I. (2008). "Experimenting with Refrains: Subjectivity and the Challenge of Escaping Modern Dualism". *Subjectivity*, N° 22, pp. 38–59.

Stengers, I. (2010). *Cosmopolitics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Stengers, I. (2010). Including Nonhumans in Political Theory: Opening Pandora's Box? En Whatmore, S. y Braun, B. (Eds.), *Political Matter* (pp. 3–34). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Torres, G. (2007). “Informe Especial: El negocio de la soja y la trampa de los agrotóxicos en Paraguay”. *Zoom*. Recuperado de: <http://revista-zoom.com.ar/articulo1944.html>

Tsing, A. (2012). “Unruly Edges: Mushrooms as Companion Species”. *Environmental Humanities*, N° 1(1), pp. 141-154.

Wagner, C. (1990). *Brasiguaios: Homens sem pátria*. Petrópolis: Editora Vozes.

White, R. (2004). *Breaking Silence: The Case that Changed the Face of Human Rights*. Washington, DC: Georgetown University Press.

Zibechi, R. (2005). “La guerra de la soja en Paraguay”. *Biodiversidad en América Latina*. Recuperado de: <http://www.biodiversidadla.org/content/view/full/15988>